

LO MONSTRUOSO, EL ESPECTÁCULO Y LAS NUEVAS DERECHAS

María de la Victoria Pardo

Universidad Nacional de Quilmes, Argentina

madelavic.pardo@gmail.com - <https://orcid.org/0009-0006-8325-8710>

Bárbara Bilbao

Universidad Nacional de Quilmes y Universidad Nacional de La Plata, Argentina

barbarabilbao@gmail.com - <https://orcid.org/0009-0006-9421-9776>

Recibido: 30 de junio de 2024

Aceptado: 25 de octubre de 2024

|1|

Identificadores permanentes

ARK: <https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s18535925/jrax49rbu>

DOI: <https://doi.org/10.62174/avatares.2024.9761>

Resumen

Este artículo explora las continuidades entre las narrativas medievales y los discursos de odio contemporáneos, enfatizando cómo ciertos estigmas sociales, como la misoginia y el antisemitismo, tienen raíces históricas profundas. A través de la representación de mujeres acusadas de brujería y judíos perseguidos, se evidencia cómo estas figuras han sido utilizadas para justificar prácticas de control y violencia. Estas representaciones han evolucionado y se han alimentado de un sistema productivo que subordina ciertos cuerpos, conectando la violencia histórica con las dinámicas contemporáneas.

El auge de las nuevas derechas en América Latina y el mundo presenta un modelo extractivista que transforma recursos naturales en bienes transables. Este conservadurismo radical busca restaurar valores tradicionales, neutralizar la disidencia y deslegitimar críticas al colonialismo, convirtiendo a cualquier oposición en un "enemigo público". La cultura del miedo, fomentada por medios y redes sociales, normaliza la violencia simbólica y desensibiliza a la sociedad frente al sufrimiento ajeno.

La restauración de la masculinidad hegemónica y la legitimación de la violencia son ejes centrales en este contexto en el que se promueve un discurso totalizante que simplifica la realidad. Las imágenes de violencia se convierten en espectáculo, despojando al sufrimiento de su carga crítica.

Las expresiones disidentes, como el feminismo y los movimientos LGBT, son atacadas, lo que refuerza una cultura de obediencia. A través de la obra de artistas como Rosana Paulino, se busca desmontar la espectacularización de la brutalidad y recuperar



narrativas históricas olvidadas, integrando experiencias diversas y construyendo nuevas subjetividades. Este enfoque crítico es esencial para desafiar las estructuras de poder contemporáneas y promover una política de la palabra que visibilice las injusticias persistentes.

Palabras clave: feminismos, extractivismos, nuevas derechas, capitalismo, antisemitismo, racismo

THE MONSTROUS, THE SPECTACLE AND THE RIGHT WINGS MOVEMENTS

Abstract

This article explores the continuities between medieval narratives and contemporary hate speech, emphasizing how certain social stigmas, such as misogyny and antisemitism, have deep historical roots. Through the representation of women accused of witchcraft and persecuted Jews, it becomes evident how these figures have been used to justify practices of control and violence. These representations have evolved and fed on a productive system that subordinates certain bodies, connecting historical violence with contemporary dynamics.

The rise of new right-wing movements in Latin America and around the world presents an extractivist model that transforms natural resources into tradable goods. This radical conservatism seeks to restore traditional values, neutralize dissent, and delegitimize critiques of colonialism, turning any opposition into a "public enemy." The culture of fear, fostered by media and social networks, normalizes symbolic violence and desensitizes society to the suffering of others.

The restoration of hegemonic masculinity and the legitimization of violence are central axes in this context, where a totalizing discourse simplifies reality. Images of violence become spectacle, stripping suffering of its critical weight.

Dissenting expressions, such as feminism and LGBT movements, are attacked, reinforcing a culture of obedience. Through the work of artists like Rosana Paulino, there is an effort to dismantle the spectacularization of brutality and recover forgotten historical narratives, integrating diverse experiences and constructing new subjectivities. This critical approach is essential to challenging contemporary power structures and promoting a politics of voice that highlights persistent injustices.

Keywords: feminism, extractivism, new right-wing movements, capitalism, antisemitism, racism

I

En *Tiempos cruzados* (2024), un podcast reciente del Instituto de Historia Antigua, Medieval y Moderna (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires) sobre problemas e imaginarios de la Edad Media, se plantea que parte de la discursividad que solemos identificar como anclada y olvidada en ese espacio de tiempo tiene continuidad con nuestros días, es decir, que no es necesariamente cierto que lo

medieval equivalga unívocamente a lo tenebroso. Ciertas características de lo moderno encuentran sus orígenes en esta época, incluidos los discursos de odio. O, mejor dicho, deberíamos decir que aquello que denominamos misoginia, antisemitismo, el desprecio por lo diferente a los cuerpos e identidades normadas, deviene de representaciones anteriores a -y emergentes de- lo medieval. No es una idea exclusiva del podcast, también la encontramos en textos que refieren a las prácticas inefables realizadas por mujeres, llamadas ‘brujas’, que se enfocan en comprender cómo las narrativas describían cierta forma esperable de feminidad productiva; o en diversas publicaciones judeofóbicas -primero- y antisemitas -desde fines del siglo XIX -, donde se presenta al judío como un ser vil y capaz de envenenar las aguas de toda una comunidad, por mencionar dos casos de nuestro interés. Los discursos estereotipantes se vinculan directamente con las esferas académicas, artísticas y políticas. Los dispositivos de control corporales desplegaron incesantemente sus redes para capturar, clasificar y reivindicar o denostar, según el caso, las subjetividades deseables. El verbo y la imagen se dispusieron servilmente para dicho fin y es nuestro objetivo reflexionar en torno a ello, observando algunos casos puntuales para poder pensar posibles actualizaciones de la crueldad.

|3|

La figura de lo monstruoso comprende, de alguna manera, a los cuerpos antónimos, a lo heteronormado. Descripciones físicas y espirituales detalladas se ocuparon de enquistar ideas relativas a lo femenino, la negritud, lo indígena, lo judío que hoy rozarían lo fantástico. Sin embargo, hasta entrado el siglo XIX, e incluso podríamos decir parte de las primeras décadas del siglo pasado, la exotización de la carne ajena produjo en igual medida pavor, desprecio y atracción.

Se nos ha llamado ‘Mujeres venenosas’, por la medicina del siglo XIV, a una política argentina le han dicho yegua (y otros oprobios), nos dijeron asesinas por manifestarnos y argumentar en favor de la decisión de interrumpir voluntariamente el embarazo, insinuaron adjetivos hacia la joven asesinada, Melina Romero, por sus hábitos de salidas -porque aún no había descripto los vejámenes sobre su cuerpo-, también violaron a las militantes en centros clandestinos, chinean a las niñas y adolescentes en algunas provincias argentinas. Virginia Woolf hace una excelente descripción en el capítulo segundo de *Un cuarto propio*, y así nos enteramos que tenemos un cerebro pequeño, que somos ‘sensibles’, menos agraciadas, más eróticas o exóticas (no sabemos qué quiso decir ese señor), que tenemos menos vello, más belleza, menos inteligencia, más instinto materno. Cuando lo ‘negro’ se convirtió en sinónimo de “cuerpo de extracción y sujetos de raza” (Mbembe, 2016, p. 85), no estaba a solas puesto que lo femenino, lo zurdo, lo judío, lo bruto, lo indio se convirtieron en terreno de examinación. La mirada moderna científica y masculina promovió y mantuvo un esqueleto discursivo que, desde la plástica, la literatura, la ciencia y la regulación legal-política, cercaban indiscutiblemente las capacidades de ciertos cuerpos y subjetividades para hacer mundo. Condenadas/os/es a habitar lo fronterizo. En las sombras de los reflectores de lo cruel. Los susurros desposeídos constituyeron recovecos de la acción. Brujas, Guerrilla Girls, Femen, Actitud María Marta, Selva Almada, las kurdas, Artemisia Gentileschi, Ana Gallardo, Milagros Sala, Liliana Anacalo Meli y otras, distintas monstruosidades que se apropiaron de alguna chance fugaz para forjar alguna comunidad. En el podcast traen una reflexión que luego se repetirá en este texto: nuestro presente está al borde del

ecocidio. Es un presente implosivo. Es un presente que fluye a un abismo codificado y binario mientras que vuelve el furor del bunker como espacio para sobrevivir.

Lo medieval se constituye, según señalan las especialistas Rocío Bello Gay, Sofía Membrado y Tamara Somoza¹ en el podcast *Tiempos cruzados* (2024), como un espacio antónimo a la Antigüedad y al Renacimiento. Hay una idea de oscuridad, brutalidad, que generaliza siglos muy diversos, entre los cuales el viaje y la constitución identitaria opuesta a la otredad bárbara comienza a germinar. Los movimientos demográficos auguran choques indeseables entre culturas, enfermedades mortales como la peste y guerras que, como bien sostiene la escritora Marguerite Duras en conversación con Michelle Porte (1976), implican la muerte de una gran cantidad de hombres y la organización de las mujeres que quedan a solas, a cargo de sus casas, de sus cosechas, tierras, trabajos, familias. Es curioso, dice Duras, que no se advierta que si las mujeres iban a los bosques a buscar hierbas, a encontrarse, era por pura supervivencia. Sin embargo, como sintetizan correctamente Benjamin (2014) y Chollet (2019), no hay una gran cantidad de testimonios de mujeres acusadas de brujería por el dispositivo eclesiástico inquisidor. La irracionalidad del mecanismo desproveía todo tipo de conversación. Fue la excusa perfecta para conjeturar teórica y materialmente una intervención total de la otredad. Un extraccionismo de la corporalidad ajena.

|4|

La cita recuperada de *Contra-pedagogías de la crueldad* (Segato, 2018) lo explica concretamente:

Las mujeres somos empujadas al papel de objeto, disponible y desechable, ya que la organización corporativa de la masculinidad conduce a los hombres a la obediencia incondicional hacia sus pares —y también opresores—, y encuentra en aquellas las víctimas a mano para dar paso a la cadena ejemplarizante de mandos y expropiaciones (p. 13).

En este sentido, y para justificar el recorrido de los discursos de odio, Graciela Cándano (2008) tiene un artículo que se refiere a la mujer como ‘objeto de sospecha’ en la literatura canónica de la Baja Edad Media, donde lo femenino es representado como lo maléfico, como la representación del diablo. Repetimos que hay algo de monstruoso en lo maléfico y que, además, encauzando con lo indagado por Mona Chollet (2019), el *Malleus Maleficarum* (Martillo de las Brujas) (1486-1487) hizo accesible los estigmas sobre las mujeres acusadas de ‘brujería’. Cándano (2008) retoma autores como LeGoff y Graus para dar cuenta de dos fenómenos que se dan en poco tiempo: la aparición de lo maravilloso y el intento de la Iglesia por hacerlo desaparecer. Lo maravilloso aparece en lo popular y se desarrolla desde sectores sociales que amenazaban el poder organizador religioso. De hecho, enumera la autora, hay varias mujeres que ocupan lugares de centralidad en la vida cultural y política durante los siglos XI y XIII:

Hildegarda de Bingen (1098-1179), Eloísa (1101-1164), Leonor de Aquitania (1122-1204) o Blanca de Castilla (1188-1256) —quienes reclamaron e hicieron firme uso de sus dones de mando y mostraron independencia de criterio—,

¹ Docentes e investigadoras miembro del Instituto de Historia Antigua, Medieval y Moderna de la FFyL, UBA.

suscitaron en dominios eminentemente clericales un temor proveniente de la idea de que, precisamente a causa de sus virtudes, tales mujeres y sus emuladoras podrían constituir una amenaza u oposición real a la supremacía del varón sobre el mundo conocido. Y ese miedo, ese recelo, se fue extendiendo y multiplicando, ya convertido en fobia, incluso hacia las más humildes campesinas de toda Europa, “desde Finlandia hasta Italia, desde Escocia hasta Rusia”, señalan Bonnie Anderson y Judith P. Zinsser (Historia de las mujeres, 186) (p. 217).

Esta amenaza traducida en lo maléfico implicaba que la mujer era el “vehículo ideal para dañar al hombre”, descrito por la autora a partir de versos de poesías del tardío siglo XIV (p. 218). Como mencionan Chollet (2019) y Cándano (2008), hay un foco en el cuerpo, en el cuerpo femenino como imperfecto, como sedicioso, como impedido del goce y, a su vez, un cuerpo demandante, provocador. Estas ideas sobre la corporalidad fueron mutando, dependiendo de las distintas perspectivas filosóficas, teológicas, médicas que buscaban describir y entender variedad de fenómenos. Trabajos investigativos como el de Richard Sennet (1997) sobre el cuerpo y los espacios habitables son ejemplo de ello. La necesidad de separar los cuerpos, evitar tocarlos y olerlos y, por supuesto, no verlos. Porque la mirada como registro se separa del testimonio de fe. Los cuerpos deglutidos sistemáticamente, en toda la acepción de la idea, durante siglos cargaron consigo una cantidad de características delirantes y muy variadas. Y hablamos en plural porque, retomando a Chollet, la conversión a un sistema productivo extractivista como el presente se ancla en uso y descarte constante y su naturalización, y solo pudo haber sido llevada adelante con el juzgamiento de *lo inferior*.

La burocracia señalaba lo que debía ser aniquilado y así, en unos siglos, una enormísima cantidad de mujeres -y en menor medida varones- fueron torturadas desde los pies a la coronilla, examinadas, prendidas fuego, ahogadas, asfixiadas. Hay que identificar y revisar qué hogueras públicas encontramos en el ágora contemporánea: ¿son las aborteras, las *hackers* que cuidan los rostros de los videos *fakes*, las periodistas o investigadoras que producen trabajos sobre la historia de las esterilizaciones forzadas? ¿o, acaso y cercanamente, las mujeres que cocinan en la olla popular del barrio?

II

Para pensar una política de la palabra, decimos, hay que pensar una política de la sangre o del gen, parafraseando a Éric Michaud (2017), puesto que ambas, la sangre y el genoma, se asientan sobre una invisibilidad fundamental que explicará todo lo demás. La potencia de los discursos significantes, científicos, clericales, estéticos, desplegaran todo su esplendor desde el siglo XIV en adelante. Incipientemente estas representaciones anidarán en aspectos difícilmente comprobables y luego, una empiria parcializada les dará otra forma. Carlo Guinzburg en *Historia nocturna* (1991), reconstruye en base a crónicas, algunas anónimas, la separación física y el asesinato de leprosos desde el siglo XIV en adelante, el vínculo con las acusaciones a judíos, musulmanes y brujas. Por ejemplo, se los acusaba de envenenar el agua de fuentes,

pozos y ríos para esparcir la lepra y aniquilar a la población en una conspiración organizada en conjunto con los judíos, que los corrompían por dinero. De esta manera, en Francia se organizó el mayor aislamiento de leprosos hasta el momento y, un tiempo después, seguirían por el mismo camino los locos, los pobres, los criminales y los judíos. Las narrativas antijudías no solo concluyen en el ‘miedo a tocar’ ese cuerpo y consecuente encierro en guetos, sino que llegaron a justificar persecuciones y aniquilaciones como los pogromos, incluyendo aquel perpetrado durante la Semana trágica en Buenos Aires a principios del siglo XX, hasta el Holocausto. Parte de la justificación de estos linchamientos masivos se encuentran en las denuncias de conspiración y ataque contra el orden cristiano. Las personas judías realizaban ritos y blasfemaban, profanaban espacios sagrados, robaban hostias y asesinaban. Fragmentos de una literatura fantástica equiparó algunas características atribuidas a los leprosos con aquellas dadas a los judíos y, en ambos casos, la repulsión incluyó la separación. Separación en la ciudad y separación en las filiaciones, hasta perder con el paso del tiempo derechos civiles y, finalmente, su condición de igual. Hacia fines del siglo XVIII y durante el XIX esta discriminación incorporó la dimensión racial y la inferioridad del otro conquistado coronó la cuestión. Instituyó una humanidad aparte -en palabra de Mbembe (2016)- “personas que por su apariencia física, sus usos y costumbres y su manera de estar en el mundo parecían dar cuenta de la *diferencia en su manifestación más brutal*” (p.95).

La diferencia hoy se juega en la arena de los medios masivos, en las redes sociales; es el binarismo codificado despojado de toda vitalidad, en ceros y unos. La deshumanización a un *click*, escrolleable, *tiktokeable*.

III

El modelo que proponen las nuevas derechas en América Latina y el mundo funciona como una empresa extractivista (Segato, 2018, p.12). La forma en que ese sistema se constituye moldea una práctica basada en la producción de bienes de consumo que son destinadas al mercado global. El litio pasa de ser un recurso natural a un bien transable que media en las relaciones del poder extractivo de los países centrales y que tiene su protector nativo en las esferas más altas de poder. Si nuestros lazos sociales como latinoamericanos y latinoamericanas estaban arraigados a una genealogía de consensos en torno a la crítica al colonialismo, en la actualidad podemos observar que esta perspectiva -trabajada, estudiada y reflexionada- forma parte de una retórica de la corrección política que hoy resulta inservible, desechable y que no es resultadista en materia monetaria. Discutir el colonialismo no es un fin ni un objetivo, ya que resulta fundamental para estas nuevas derechas y sus seguidores es trazar una nueva línea de historicidad en la que se recuperen los más rancios valores conservadores, al mismo tiempo que se destruye cualquier posibilidad de disidencia. Para el modelo extractivista todo lo que se oponga a sus conquistas constituye un enemigo público. Es en esa búsqueda de un enemigo en común en donde ciertos movimientos o espacios críticos terminan encajando en el estereotipo resistido por esta ideología y se lo combate como el mal, como lo oscuro, lo misterioso que arruinará la existencia humana. La crítica es la bacteria, el virus que ingresa en el cuerpo social para infectarlo y manipularlo a su

conveniencia. Se supone que ya no hay más reflexión, lo que hay es fanatismo acrítico y desmesurado.

El conservadurismo radical resuelve, a través de una fuerte intervención en medios masivos de comunicación, redes sociales e inteligencia artificial, formas sofisticadas de reforzamiento de las estructuras significativas del colectivo social. En ese sentido, el territorio significado parte del descreimiento político, o mejor dicho, en el descreimiento en lo que llamamos “política tradicional”: los partidos políticos, el acceso a la educación y la salud pública, los derechos básicos garantizados, la prevalencia de la democracia como modelo social. El más problemático de estos puntos quizás sea la caída del valor en la democracia porque los movimientos de derecha radical son profundamente antidemocráticos. Sus líderes son “Moisés”, dioses indiscutidos que proclaman verdades y no están interesados en las discusiones públicas. De hecho, la relación que construyen con la ciudadanía es de manera completamente vertical y jerárquica. Lo único posible a ser intercambiado por esas masas alienadas es “información basura”. Los medios masivos de comunicación y las redes sociales se llenan de propuestas irrelevantes y de temas poco prioritarios para el mejoramiento de la vida de las personas. En general, nos encontramos con una discusión pública vacía de contenidos y sentidos complejos, mientras que observamos una proliferación de discursos binarios cargados de violencia simbólica hacia algunos grupos sociales, problemáticas diversas, agudización de las diferencias ideológicas en función de “lo bueno y lo malo”. El binarismo que proponen las nuevas derechas lejos de romper con el discurso de “la grieta”, lo profundiza aún más, dejando un espacio de acción muy pequeño, con mucha confusión por parte de los discursos más progresistas, sin margen de conversación con las amplias masas de personas y cayendo en una actitud pasiva, de queja e indignación que no propone estrategias posibles para convencer a los nuevos adeptos a estos movimientos.

|7|

Las nuevas derechas o el conservadurismo radical o el anarcocapitalismo liberal propone una repetición de la violencia (Segato, 2018, p. 14) a través de sus artefactos culturales (Hall, 1997, p. 5) que produce y faculta significados sociales que modifican comportamientos y conocimientos a través de prácticas significativas que normalizan el paisaje de la crueldad. De esta manera, posibilita que los umbrales de empatía con estos espacios mercantiles y autoritarios sean muy altos. Las acciones crueles se convierten en parte del paisaje cotidiano de las personas favoreciendo a que no deban preocuparse por las convivencias o el comunitarismo o los vínculos con el otro; sino que puedan dedicar su tiempo a su propio goce narcisista y consumista (Segato, 2018, p. 14).

La fragmentación social y el quiebre paulatino del lazo social que nos identifica con lo nacional, con lo que hay que proteger y resguardar, provoca una desensibilización respecto de lo que le acontece al otro. El sufrimiento del otro es tolerable y no es prioritario con relación a lo que el goce narcisista solicita. Es así como las nuevas derechas utilizan las imágenes de destrucción, caos, incendios, explosiones (ya sea ficticias diseñadas con Inteligencia Artificial o reales en el sentido histórico) con el objetivo de enaltecer ese odio, esa crueldad, esa indiferencia y favorecer la edificación de una idolatría al jefe supremo que promueve dicho estado. Casi como una forma de

agradecimiento y efervescencia colectiva². Se produce, entonces una dialéctica en relación con las imágenes: las imágenes de la violencia posibilitan la violencia en las imágenes. Las imágenes no son pura visión, absoluto pensamiento o simple manipulación (Didi Huberman, 2013, p. 3) porque, finalmente, todas las imágenes son plausibles de ser manipuladas por la voluntad humana. En la historia de las imágenes de violencia, hubo un momento en el que la forma en la que eran exhibidas tenía un sentido político de concientización para promover, justamente, la erradicación de la violencia. Es decir, encontrar un camino de asimilación crítica de las representaciones en torno a la guerra, los genocidios, las represiones, las censuras, la tortura. Ese estado y proceso perduraron una serie de años después de la Segunda Guerra Mundial, de las dictaduras militantes en América Latina y de la aparición de las Vanguardias políticas y estéticas a partir de la década de 1960. El sendero histórico en el que aparece internet como divulgador masivo de imágenes y videos de manera globalizada comienza a construir otro universo de representaciones en torno a la violencia y sus modos de apropiación. La politicidad crítica que se buscaba a través del arte en la forma en que se mostraban escenas de violencia empieza a perder su efecto reflexivo. El quiebre cultural en el escenario de la hiperinformación y el semiocapitalismo globalizado diluyen rápidamente los sentidos estético políticos en relación a las representaciones de la violencia en las imágenes y produce un efecto completamente contrario: el consumo irónico de esas imágenes. La representación irónica genera, naturalmente, desprestigio en términos de los sentidos políticos y estéticos y diseña un terreno de interpelación, duda y descreimiento sobre esas representaciones. Se pone en duda la crítica a la violencia porque se deslegitima no solo lo representado, sino también su representante. Un representante, artista, político, activista que forma parte de una retórica antigua del pasado que no está pensando el tiempo presente, sino que construye una mirada melancólica sobre lo que no fue posible como cambio de mundo. Esa mirada del “pasado” se coloca como una de las características de este enemigo público que las nuevas derechas necesitan para generar antagonismos en la elección política de las masas. El presente es un tiempo de descreimiento de la crítica y la reflexión comunitaria y democrática que, al mismo tiempo, construye una temporalidad fugaz, dramática, caótica, despolitizada, individualista y competitiva.

|8|

IV

Aquellas expresiones disidentes en relación con el género (feminismos, colectivos LGBT) se convierten en el blanco de las nuevas derechas para poder identificar a ese “enemigo público”. Podríamos generalizar y decir que: toda expresión vinculada con lo progresista, crítico, democrático, plural es parte de lo que este enemigo público representa, pero sería más preciso indicar los argumentos por los cuáles estos movimientos autoritarios persiguen cualquier experiencia democrática e igualitaria relacionada a los géneros.

² Nos referimos, por ejemplo, a las proyecciones de cierre de campaña de la candidatura del actual presidente Javier Milei, a finales del año 2023. Link disponible en:
<https://www.youtube.com/watch?v=PxAJOOYy7fE&t=8s>

Si observamos cómo se han visibilizado los prototipos de representantes de estas nuevas derechas, podemos dilucidar una fuerte reposición de la actitud masculina hegemónica (quizás hace falta aclarar, tanto en varones como en mujeres). Esta “restauración” de lo masculino no es una novedad en relación a cómo funcionan las estructuras patriarcales. A lo largo de la historia nos hemos encontrado con diferentes formas de restauración masculinista que reacciona frente al avance de derechos democráticos de las mujeres y del colectivo LGBT. En este estado, aquellas estructuras significativas tradicionales que revalorizan los lugares patriarcales de la mujer, el hombre y los niños y las niñas se sienten interpeladas a discutir aquellos discursos y prácticas feministas porque sus enunciados aparecen debilitados hegemónicamente. La tendencia a menoscabar los discursos democráticos en relación con los géneros aumenta no solo en los espacios institucionales como el Estados, sus instituciones, los medios de comunicación, las escuelas, sino que también se filtran en las prácticas cotidianas hacia el interior de las familias, los vínculos afectivos y también aquellos anónimos en el orden de lo público. La restauración masculinista de las nuevas derechas tiene un efecto similar al que propone Margaret Atwood en su novela *El cuento de la criada* (1985) que es la de volver a ubicar a la mujer en un triple sentido: al lugar de reproducción, de sumisión al referente masculino y de reforzamiento pedagógico, autoritario y religioso condescendiente a la supremacía masculina. Al mismo tiempo, el varón vuelve a su lugar de patriarca, dominador, dueño de lo público y lo institucional, habilitado a prácticas violatorias y violentas hacia las mujeres y varones de menor rango.

|9|

Las nuevas derechas conservadoras y extremas refuerzan un modelo de masculinidad que es el que hemos analizado históricamente, como el tradicional: entrenamiento sostenido para favorecer prácticas crueles y violentas. La diferencia es que en esta etapa masculinista hegemónica restauratoria los ejes masculinidad y guerra, masculinidad y violencia, masculinidad y violación, masculinidad y baja empatía (Segato, 2018, p. 44) aparecen y se cristalizan con mayor severidad y arbitrariedad. En esa ecuación, las mujeres no sólo aparecen como meros objetos, sino que colaboran en la estructuración de ese entramado produciendo discursos e imágenes que validan esa masculinidad restauradora. La obediencia es un valor que aparece asociado a la femineidad y las mujeres como cualidad y virtud posibilitando la legitimación masculina. Cualquier resistencia a estos arquetipos de género concluye en la expulsión definitiva del entramado formulado por estos movimientos conservadores.

La legitimación de la violencia quizás sea el eje transversal a los problemas que estamos proponiendo en este trabajo. El aval que confirma que el patriarcado es la forma original de organización de la vida y que necesita reestructurarse en su sentido menos condicionado por la crítica y la resistencia. La “elementalidad” de las estructuras de violencia necesita y requiere de una pedagogía (Segato, 2018, p.45); de estrategias educativas en las masas de adeptos y adeptas que inserten a estos agresores como conductores de una política distinta e innovadora, pero que explicita su deseo por restaurar las viejas formas de dominar, dividir y gobernar (o reinar). Ese doble objetivo contradictorio logra penetrar en el entramado social por un motivo que se estudia en las ciencias sociales y humanas hace mucho tiempo: la fractura del lazo social y sus derivas en la pérdida de historia e identidad nacional. Los conductores conservadores extremos establecen un “diálogo” con sus enunciatarios validando la violencia hacia las víctimas,

enalteciendo los sentidos punitivos (represalias) y disciplinadores. La víctima está feminizada y ese es el lugar que debe ocupar en la estructura social. No es novedosa esta fórmula, en realidad es bastante arcaica en su origen pero aparece en el presente en una forma renovada, embellecida por inteligencia artificial y avales del poder político, mediático y jurídico. La restauración masculinista de las nuevas derechas, entonces, viene a configurar el establecimiento de una nueva moral (no tan nueva) que se basa en relaciones de autoridad y jerarquía entre varones y mujeres, en las que el varón es un hombre moderno blanco con derecho a reprimir y violar en búsqueda de la verdadera moral.

Las masculinidades restauradoras y actualmente, hegemónicas, forman también lazos corporativos. La relación con el mercado global es fundamental ya que en la aldea que estructura hay más de un comandante (tiene que haber muchos distribuidos en lugares estratégicos). Estos “dueños” del mundo trazan una forma empresarial para tratar cualquier cuestión de índole social, cultural y política. Este “mandato de la dueñidad” (Segato, 2018, p.12) necesita o requiere ser desmontado y discutido:

La víctima del mandato de masculinidad son los mismos hombres, que hay una violencia de género que es intra-género -hoy hablamos de bullying-, y que la violencia contra las mujeres se deriva de la violencia entre hombres, de las formas de coacción que sufren para que no se esquiven- a riesgo de perder su título de participación del estatus masculino, confundido estoicamente con la propia participación en el estatus de la humanidad- de la lealtad de la corporación, a su mandato, a su estructura jerárquica, a su repertorio de exigencias y probaciones, y a la emulación de una modelización de lo masculino encarnada por sus miembros paradigmáticos (p. 13).

|10|

Y cuando nos referimos a desmontar no es sólo lo referido a las prácticas de los varones, sino también de las mujeres. Las formas comunitarias y de acción democráticas de los movimientos en favor de los derechos ampliatorios para mujeres y personas LGBT también pueden caer en riesgo de lo corporativo si no existe una reflexión crítica y situada sobre los regímenes de captura del capitalismo patriarcal contemporáneo. La liberación del mandato de masculinidad no es una tarea sectorizada o de un único género, sino que implica un trabajo colaborativo de deconstrucción constante e intensa de las prácticas patriarcales anquilosadas.

El paradigma punitivo del mandato de la masculinidad se refuerza en los discursos restauradores conservadores. La posibilidad de su retorno sólo es posible debido a que aún seguimos configurando preguntas en torno a la raíz de ese problema. Que es la misma pregunta por la guerra y su conducto a través de la masculinidad. La punición, para las derechas, actúa como un mecanismo de orden social, adquiriendo características específicas en relación con la división binaria de los géneros. Su objetivo es promover un sistema en el que no existen reglas ni jurisprudencia que protejan los derechos adquiridos, lo que constituye su forma de organización. En este reinado conservador y restaurador, la única lógica que pueden tener las mujeres y las personas LGBT es la obediencia irrisoria e irreflexiva y condenatoria a los intereses del capital concentrado. Es en este sentido, que pensamos que el paradigma punitivo asociado al mandato de la masculinidad recrudescido por las nuevas estrategias de la derecha

ultraconservadora, establecen un mapa de jurisprudencia de excepción en donde el Estado pareciera no tener ninguna injerencia porque la única forma condescendiente para visualizar una salida es a través de lo que rigen los dueños. Es allí donde podemos encontrar una de las raíces del problema.

V

Seguir con el problema, en el sentido de Haraway (2019), y continuar estableciendo y agregando más hilos al tejido crítico que buscamos configurar para comprender el presente que nos rodea y habita (generar parentesco). Hay un convencimiento en no abandonar la reflexión y de marcar que las diferencias ideológicas existen y que no pueden solaparse con un mero estadio derechista autoritario. Entonces, seguir con el problema: el de la ideología.

Hannah Arendt (2006) afirma que las ideologías surgen históricamente como prejuicios que, en el seno de una crisis histórica crucial como fue la originada por la extrema tensión que la modernidad y sus tendencias introdujeron en el universo tradicional europeo, se solidificaron extraordinariamente, desbordando el limitado ámbito al que pertenecían para extenderse a la totalidad de la experiencia e intentar así ofrecer una explicación lógica, clara y también total de la realidad histórica y política.

[11]

Las ideologías como sistemas de pensamiento y diversificación en la formulación de perspectivas de mundo ingresan, en el repertorio de las nuevas derechas, a un estado de prejuicio y juicio a los otros a partir de opiniones (algunas infundadas y otras basadas en la retórica del espectáculo) que persuaden la singularidad de la experiencia social para diseñar una extensión en términos de totalidad. Los prejuicios se cristalizan en la subjetividad y van adquiriendo cierto sentido común que posibilita comulgar con esas ideas. Si bien existe una fragmentación social, la misma refuerza la construcción de una ideología totalizante que busque aislar aún más a los sujetos en términos de experiencia colectiva. En ese sentido, el modo de estar con otros se simplifica en el acto superficial de colocar un “me gusta” o realizar un comentario breve para poder afirmar que hay acuerdo. No hay estado de profundización en este aspecto, no podemos visualizar una estructura argumental que sostiene este entramado ideológico: es la acción de individuos aislados en la carrera por la supervivencia del más fuerte. Son los Juegos del Hambre y el poder está centralizado en el emperador y el mercado, los otros solo compiten por su vida y eso es aceptado y celebrado como un espectáculo. En palabras de Arendt (2006):

Allí donde el totalitarismo posee un control absoluto sustituye a la propaganda con el adoctrinamiento y utiliza la violencia, no tanto para asustar al pueblo (esto se hace solo en las fases iniciales, cuando todavía existe una oposición política) como para realizar constantemente sus doctrinas ideológicas y sus mentiras prácticas (p. 343).

Es complejo establecer un análisis comparativo con lo que Arendt estaba observando como ideologías totalitarias y lo que hoy llamamos “nuevas derechas”. Pero sus aportes pueden colaborar en el armado de una genealogía de ideologías con características totalitarias en las cuáles el propio sujeto se expone a apoyar un ficticio progreso que

culminaría en una suerte de catástrofe social y cultural. Porque finalmente las decisiones sobre el presente y el futuro próximo de las políticas que articulan el entramado social son realizadas por estos sujetos, dueños, restauradores del poder que tienen el potencial de crear y destruir de acuerdo con sus intereses particulares y corporativos. Lo que en un aspecto de nuestro análisis atribuimos a la violencia en las imágenes y la forma en que pudimos hacer una crítica al horror, hoy nos encontramos con una ideología que promueve otros sentidos al Horror. Lo corporativo, el mercado y el espectáculo confluyen para exponer imágenes celebratorias de lo catastrófico, tienen la audacia y la contundencia de capturar y apropiarse de los sentidos críticos culturales en obras de arte, películas, imágenes, referencias literarias y otorgarles otra significación a sus aliados enfurecidos. Lo inquietante que fue en un momento ver casas bombardeadas o libros prendidos fuego, hoy son parte del ecosistema de las insignias que estos referentes ultraconservadores utilizan como bandera identificatoria y proclamatoria.

¿Cuáles son las nuevas formas de acumulación del capital desde la perspectiva de estas ideologías? ¿Son las imágenes de violencia en clave de espectáculo? La forma en que es exhibida la crueldad trama un dispositivo ideológico de las nuevas derechas y se afianza en el discurso mediático normalizando la baja empatía por el sufrimiento y el dolor de los otros. Lo que se enseña, finalmente, es el desprecio a la vida que termina transformándose en una cosa, al igual que los cuerpos, y cuando lo vital se objetualiza ingresa rápidamente en el matadero. La cosa soporta el dolor.

[12]

VI

La obra de Rosana Paulino, artista brasileña y Doctora en Artes visuales por la Escuela de Comunicación y Artes de la Universidad de São Paulo, resume varias de las dimensiones que estructuran hoy el discurso de las nuevas derechas, como la discursividad de la misoginia y el colonialismo. El discurso científico, como definición de que la población afrodescendiente³ era inferior, se acompañó con que Brasil abolió la esclavitud en 1888 y eso fundó una lógica sistémica de narrativas racistas y de productividad diferencial para la población blanca y negra. *Amefricana* es el nombre de la exposición que estuvo en el Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires entre marzo y junio de 2024.

Elige trabajar sobre las violencias que ha cruzado el Atlántico, la inspección minuciosa sobre los cuerpos femeninos, los afectos, la posibilidad del trabajo y la creación artística [de una mujer negra]. Estos físicos han sido registrados y capturados por naturalistas durante buena parte del siglo XIX para justificar la superioridad racial de un grupo por sobre otro. Paulino explica que el nombre de la muestra ha sido tomado de la intelectual negra brasileña Lélia Gonzalez, quien crea la palabra para hablar de los lazos entre distintas mujeres americanas. Señala la artista que ella necesitó de esta práctica disciplinar para poder hablar de cosas que no se hablaban en Brasil. El uso de imágenes de archivo es, para ella, fundamental porque han sido olvidadas y su recuperación y

³ La artista refiere a la población afrodescendiente como 'gente negra'. Sugerimos revisar el video que acompaña el material de la web del MALBA citado en la bibliografía.

comprensión permite revisar la historia política y cultural brasileña. Sin dudas, el traslado de los cuerpos capturados en el continente africano, los barcos que maximizaban el espacio para poder transportar más humanidad cual mercancía a través de las rutas atlánticas, son todas razones causales para comprender la ausencia de ciertas figuras significativas en la cultura brasileña. Es justamente esta espectacularización de la brutalidad la que busca ser desmontada por la artista. Ella no recupera las imágenes archivadas para describirlas, sino que produce una operación distinta, las comprende en un universo más amplio, desligado del espectáculo para el testigo modesto. Hilvana fotografías de personas - ya no solo capturadas o sintetizadas como esclavas-, con imágenes de objetos, reproducciones estencileadas de escenas, comidas, mapas cartográficos. Porque, para ella, todo eso fue el Atlántico, rojo sanguina, muerte. Los sistemas productivos que se ponen de manifiesto no solo distribuyen capital y moneda, finanzas invisibles, veloces y a un clic en pantallas de celulares, sino que también funcionan con tracción a sangre animal/humana.

Paulino señala que muchas de las imágenes que aparecen son retratos familiares. Ella dialoga con archivos científicos y con aquellos íntimos. Dos memorias trazadas y rizomáticas, la de Brasil como territorio común y la de su propia identidad como mujer negra brasileña. Propone suturar una imagen de una mujer negra en tamaño real. Recortar perpendicularmente fragmentos de la imagen y coserlos de forma que se evidencie la junta. Eso, para ella, es el trauma. Una memoria comunitaria, familiar, de los feminismos, de la academia, de la naturaleza que convive violentamente.

|13|

La violencia, para Fanon, es escapar de la muerte y el trabajo de la lucha debe producir vida. Es a través de la violencia como “la ‘cosa’ colonizada se convierte en hombre”, creando nuevas subjetividades, “un nuevo lenguaje, una nueva humanidad” (Fanon en Mbembe, 2016, p. 263).

El escape constante a ser-cosa, a ser-mercancía debe ser una tarea creativa, una política del lenguaje informe. Un lenguaje monstruoso, que afecte al logaritmo. No capturable por el meme industrializado. Que advierta que las imágenes estéticas de destrucción y derrumbe no discriminan. Que el escape pueda ser optar por una poética de la humanidad, más visceral, una erótica de las formas del encuentro.

CRedit (Contributor Roles Taxonomy)

Pardo: Conceptualización, Análisis Formal, Investigación, Metodología, Redacción-borrador original, Redacción-revisión y edición; **Bilbao:** Conceptualización, Análisis Formal, Investigación, Metodología, Redacción-borrador original, Redacción-revisión y edición

Referencias bibliográficas

Arendt, H. (2006) *Los orígenes del totalitarismo* (G. Solana, Trad.). Alianza Editorial.
Benjamin, W. (2014). *Juicio a las brujas y otras catástrofes*. Interzona editores.
Cándano, G. (2008). Reminiscencias misóginas en la literatura ejemplar: un aspecto de

- lo maravilloso mágico en la Baja Edad Media. *Acta poética*, (29) 2.
<https://doi.org/10.19130/iifl.ap.2008.2.265>
- Chollet, M. (2019) *Brujas. La potencia indómita de las mujeres*.
- Didi-Huberman, G. (2013) *Cómo abrir los ojos* (J. Giser, Trad.). En H. Farocki, *Desconfiar de las imágenes* (pp. 13-35). Caja Negra.
- Guinzburg, C. (1991) *Historia nocturna*. Muchnik.
- Hall, S. (1997). *El trabajo de la representación* (E. Sevilla Casas, Trad.). En S. Hall (Ed.) *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices* (pp. 13-74). Sage Publications.
- Haraway, D. (2019) *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Duke University Press.
- Mbembe, A. (2016) *Crítica de la razón negra*. Futuro anterior ediciones.
- Michaud, É. (2017) *Las invasiones bárbaras. Una genealogía de la historia del arte*. Adriana Hidalgo.
- Segato, R. (2018) *Contra-pedagogías de la crueldad*. Prometeo Libros.
- Sennet, R. (1997) *Carne y piedra*. Alianza Editorial.

|14|

Videos

- Paulino, R.; Pérez Rial, A. [Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires] (2024). *Amefricana*. [Video]. Youtube. [Amefricana, https://www.youtube.com/watch?v=1Wn1xG5qM-g&t=37s](https://www.youtube.com/watch?v=1Wn1xG5qM-g&t=37s)
- Duras, M; Porte, M. [L'institut national de l'audiovisuel]. (1976). *Los espacios de Marguerite Duras*. [Video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=JAZ7Rgg708>

Podcasts

- T. Somoza, R. Bello Gay y S. Membrado (conductoras), *Larga data* (Productora), (2024 - en vigencia). *Tiempos Cruzados* [Podcast]. Instituto Historia Antigua, Medieval y Moderna de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. https://open.spotify.com/show/4uPC66m8XUst2zkIJOaXIk?si=tEUjO_x9STKhSyzMtV12Sg